

Yolanda Bedregal en la Academia Boliviana de la Lengua

El Diario. Suplemento Literario, 15 de julio de 1973, p. 1.

Transcripción: Marco A. Andrade Pedregal.

La Academia Boliviana de la Lengua incorporó a su seno, por primera vez, a una mujer. El hecho es significativo por la personalidad de la flamante Académica, de extendido y brillante historial en la cultura del país. Poetisa y novelista, justamente galardonada, su obra ha traspuesto las fronteras nacionales por la jerarquía de sus creaciones.

Del extenso y medular trabajo que le sirvió de tesis de ingreso, publicamos a continuación el proemio y el epílogo, emocionada evocación del padre de la escritora, el insigne Juan Francisco Bedregal, cuyo sitio ocupa desde ahora la hija de sus predilecciones.

El académico Walter Montenegro, designado para cerrar el acto solemne, leyó una pieza de entrañables reminiscencias y elevados valores literarios.

Vengo complacida a ocupar un sitio en esta hijodalga Academia Boliviana de la Lengua Correspondiente de la Real Española, que como reza en el lema "fija, limpia y da esplendor". Ella ha cumplido oficio salvador al recopilar, sistematizar y legislar el idioma, al preservar su riqueza y el valor semántico de los vocablos.

Pero la lengua no puede ser gobernada por Academias ni doctas instituciones. Ella es un organismo vivo, viviente, creado y acrecentado por el hombre desde el primer balbuceo cuando los conflictos naturales, las nieblas entre mito y religión lo impelían a buscar la expresión para sus realidades materiales y espirituales.

La lengua en las sociedades, como en nuestra propia boca, es algo en función continua y que el uso va conformando y adiestrando. Así cobra dinamismo, expresividad que es lo que confiere a un idioma su verdadero espíritu "el espíritu de la lengua" y que escapa al control académico. La expresividad del idioma está en el habla popular, y el esplendor está en su manejo estético. La palabra, como material artístico, incumbe al escritor; no al filólogo ni al gramático que son éstos hombres más bien de ciencia que de letras. El lingüista, como el académico, analiza, reflexiona, estudia el lenguaje como un fenómeno social o biológico o psicológico -Pero, ¿cómo dominar ese instrumento que la inteligencia, la voluntad, la sensibilidad del ser humano utiliza como vehículo en triple función: comunicar, designar y expresar. Y todo esto en variadísimos grados y matices personales! Tendrá, pues que ser, por fuerza -y por razón- cada individuo, cada parlante, el guardián del común acervo del idioma, y muy particularmente ahora. Nuestra época, capitalista o socialista, se marca por una desmedida inclinación hacia lo práctico, lo rápido y económico. Economía de tiempo y de esfuerzo. Lenguaje convertido en moneda y signo fácil de transacción inmediata. Novelas concentradas, anuncios chabacanos, fórmulas estereotipadas. En vez de la carta amical ávaros radiogramas. Slogans, siglas, enseñanza audiovisual tienden a restringir el lenguaje prolijo, quitándole nobleza que no se improvisa y belleza que sólo se logra con morosa artesanía.

En ese precipitado hablar los neologismos, tecnicismos insustituibles son necesarios y aceptables. Pero son lastres voces y giros pedestres o malsonantes que acabarían por desfigurar la esencia natural, la textura y tesitura del idioma. Sintámonos, pues, defensores conscientes y amorosos del lenguaje.

Presumo que ha sido el tiempo mismo el que ha mellado la hermética puerta y son los académicos los que hoy la abren. Agradezco a los miembros de la docta Corporación y también, muy de veras, a todos los que me acompañan a recibir el honor. Una vez más esta muestra de solidaridad, compromete mi corazón con mis amigos, con mi pueblo.

A manera de justificar la presencia femenina en ésta y otras instituciones, quisiera decir que, si bien el intelecto es patrimonio del hombre, hay algo de diabólico en la pura inteligencia si ella no está compensada por el amor y el espíritu de paz atributo de la mujer. Espíritu de paz que, por cierto, no

es inercia sino dinámica constructiva. Y ¿qué sería del hombre sin la mujer? cabe preguntarse sin hilaridad. "Seríais como dioses", dice el Viejo Testamento.

Yo me pregunto: ¿Será más fácil ser dioses que ser un hombre? ¿Será fácil volar con sólo un ala? ¿Avanzar a un sólo remo?

En hora estelar de mi vida, ante el grupo de la joven Gesta Bárbara, uno, ya en el "Ateneo de los Muertos", don Gregorio Reynolds, me dijo en su poema: "Tu musa va descalza pero altiva".

Como ella me acerco a vuestra mesa espiritual, sin alto coturno ni máscara de personaje; con la tranquila altivez de quien viene a recoger una flor, no destinada a mi persona, como a un símbolo de las muchas mujeres que, desde comienzos de la República, han escrito y siguen escribiendo en Bolivia.

Cúpome la suerte de haberseme asignado la silla que ocupara Juan Francisco Bedregal.

Podría decir mucho del hombre y del escritor, aunque sólo fuera citando los juicios de críticos nacionales y extranjeros de renombre. Quienes lo conocieron. Ellos, amigos, colegas, discípulos, alumnos testigos de la vida y el quehacer de Bedregal. Ellos dirán lo que yo como hija de la calle la obra múltiple y fecunda la mayor parte dispersa "toda de gran ingenio y gran estilo" al decir de la Mistral.

En boca de escolares y recitadores y en páginas antológicas perduran entre muchos sus versos Mi Bandera, Al Asno, Al Árbol, Paisaje de Puna. Las divagaciones perogrullescas de "La Máscara de Estuco" mantienen su permanente actualidad. Los personajes de los cuentos en "Figuras Animadas" trajinan todavía por las calles de La Paz a la sombra de su lejano Corregidor, el Caballero Andante...

Y desde la casona de su primer rectorado universitario hasta el moderno edificio que nos cobija él hizo factible obtener. Alumbró la sabiduría del Maestro, no mera erudición sino saber del corazón y perfumó su Bondad, no blandura inocua sino potencia de alma límpida.

No os pediré perdón por el temblor con que me ocupar su silla; al contrario, quisiera comulgar con vosotros mi emoción.

Cuando se nombra a un poeta, sólo el silencio lo alcanza. Al invocar a un padre, hasta el silencio se estremece. Permitidme pronunciar mi homenaje con dos poemas; el primero escrito en mi adolescencia y una oración final para el minuto que lo llevó a la luz.

SALADA SAVIA

Padre mío, el invierno –espada de tu muerte–
sus varillas de hielo sobre mi pecho inclina,
Crujen las hojas secas en desolada sombra
al filo del minuto que te arrancó a la luz.

Ya no hablaremos nunca del verdeciente pino
aunque giren los meses hacia la primavera;
yo veré conmovida hundirse contra el cielo
la erguida copa oscura, y ya estarán tus ojos
perennemente mudos en el carbón azul.

Se esponjarán los días, descenderán las noches
hacia asoladas playas del Siempre y el Después,
mas la salada savia del amor está herida
al filo del minuto que te quitó de mí.

Contigo platicamos del trino y la gavilla,
el libro y el amigo, la reja y la parábola,
del agridulce zumo en el cristal humano.

Fraternales rondaban por tu voz de maestro
San Francisco de Asís, don Quijote y Jesús.

Padre mío, en las horas del hogar apacible
devanamos la lana del cotidiano afán;
y siempre tu sonrisa tendía el hilo de oro
que bendecía el agua y suavizaba el pan.
Presagio de ventura, flotaban nuestros nombres
con halo de alegría si los decías tú;
hoy nos duele hasta el nombre que tú ya no pronuncias,
y nos pesan las manos tendidas hacia ti.

Tus ojos amparaban la senda de mi verso.
Mi infancia en tus rodillas todavía mecía
la muñeca de trapo que el tiempo sepultó.
Ahora me llueven años por cada hora que faltas,

Nuestro pino ha llorado hasta su último espino.
Aúlla la madera de tu sillón vacío;
los platos en la mesa tienen sonido a roto;
y se empaña la atmósfera de girasol nocturno.
Esta salada savia del amor se hace niebla
al filo del minuto que te llevó a la luz.

CANTO AL PADRE

Tu nombre es otra vez en mí.
Tu vida es otra vez en mí.
Yo crezco como una extraña flor en el tallo de tu savia.

Mi vida sube como una espiga al mundo
en donde tú sembraste un verso y un amor.

Padre, cuando preguntas qué se hicieron,
dónde se fueron, dónde están
tus pensamientos, tus anhelos,
tu cada día y el ayer,
siente cómo responden mis latidos
a los múltiples ecos de tu voz.

Cada palabra tuya y cada rasgo
es el mismo de ti, y es sin embargo
nuevo y distinto en mí cada momento

Yo soy como la flor de tus silencios;
lo que no has dicho tú, yo he de decirlo.
Yo he de ser la inquietud de tus reposos
lo que se huyó de ti, yo he de alcanzarlo
iré por los caminos que no fuiste.
Lo que tú no tuviste, yo lo tengo

Te prolongas en mí y en mí floreces
Tú completas en mí tus plenitudes.
Vengo de ti como de Dios
Tú vas en mí como hacia Dios.

Interminable cadena de la vida
ola de grandes saltos,
Gigante y giratoria ola de sangre.
Aquí estas y aquí estoy.

Diferentes, lejanos
y una es la vida sin embargo
Esta la mía que empezó de ti,
y ésta la tuya que a través de mí
ha de rodear el mundo con sus brazos.

Padre como si fuera el mundo
para nosotros exclusivo don,
te agradezco la vida que me diste

Interminable, eterna, fuerte, bella.
Tú no vas a morir porque otras vidas
prolongarán tu senda por mi vida.

Señores de la Testera, respetado y querido público: He cumplido con el ritual de la Academia. Pero mi conciencia no está tranquila. He hablado de literatura, he dicho poemas, palabras bonitas quizá. Pero lo que tengo en la garganta es un grito. Las Academias pretenden enseñarnos a bien hablar. Pero el grito es siempre desgarrado.

Los problemas humanos de la Zamudio son los mismos de todo ser. Pero no son los mismos en cada tiempo. Ella vivió en un tiempo idílico; nosotros en uno catastrófico.

Guerras! Las hubo siempre; pero no arma atómica, ni campos de concentración, ni refinadas torturas; ni desprecio a la dignidad humana, al punto que hoy. No había Biafra!

En tiempo de la Zamudio se viajaba en diligencia tirada por mulas. En el nuestro se escapa en cohetes supersónicos. La tierra se ha vuelto un puño; un puño presto al golpe.

Ya no hay tales palomas mensajeras. Noticias veloces - veneno diario del alma - nos hieren por insulsas; nos hieren por crueles. No nos interesan los cisnes melancólicos. Nos duelen los pájaros y peces muertos por millares en el petróleo vertido al océano. La "muerte propia" llega colectiva y mecánica en secuestro o accidente. Eso no es morir. Es ser matado.

El dolor de cada hombre es el dolor del mundo. Un hombre no es la colectividad.

La Zamudio se subleva en su tiempo, al ver haciendo en teatro papel de viciosos a los niños. Y ¿qué hacemos nosotros sino sufrir, viendo a los jóvenes, no en teatro sino en la vida, buscar alegría (¿alegría?) en la marihuana? Buscar alucinaciones, no ilusiones.

¿Somos culpables?

El "duro trance" de la Zamudio en Bolivia era comprensible antes de la Guerra del Chaco. Otro es hoy nuestro dolor. Su melancolía resulta flor de salón. Nuestra angustia es cardo de plaza pública, de mina, de suburbio.

Ya no, señores míos; el mundo de ayer es ya de anteayer. Los problemas de ayer son fútiles en este mundo en fuego frío y caliente.

Adela Zamudio fue PRECURSORA. Ahí su mérito mayor. Ya se ha liberado la mujer. Ya los religiosos alzan en su mano y comulgan el pan ganado cada día. Pero queda todavía la injusticia. El

hambre de tres cuartas partes de la humanidad. La emulación. La crueldad creciente en la medida de la perfección de los instrumentos que inventa el genio, la soberbia, la ambición.
Tomemos la espada de la Zamudio y levantémosla en signo de paz. Mejor: rompémosla!
No espada queremos ya. Sino Amor! Auténtico Amor, no simulacro.
Que el Amor nos enseñe la palabra justa, misericordiosa, constructiva de un mundo más humano.
Y seguro que, si brota sincera, esa palabra ha de ser la más bella en el lenguaje del hombre y la más correr para los cánones de la Academia.